

Vida alegre

Lola, la Chicles

Tras el asco, el gran vacío y la noche. Siempre igual, con la arcada asomando por la boca, y este frío dentro, como de hielo en las tripas. Dicen que a todo se acostumbra una, pero a mí no hay quien me quite esta sensación cuando termino. El chicle, dónde habré puesto los chicles. Será lo que dice la Yeni, que no valgo para esto. «Aquí te quedas, que yo no hago de taxista», y a dos manzanas de donde están las chicas me ha dejado el hijo de puta. Así, como si fuera un perro de los que abandonan en las gasolineras. Mis pasos suenan como otro corazón, golpea en las fachadas de las naves y vuelve a mí, multiplicado, enorme, eco de mi eco, está todo tan oscuro y hace tanto frío... y yo con estas plataformas, la misma vida me cuesta andar con ellas. Mañana voy a tener los pies llenos de ampollas. Se lo dije a la Yeni, que no estoy para llevar estas cosas, y sé que ella lo hace pensando en mi bien, igual que cuando dice que no sirvo para esto. ¡Aquí están los chicles! Mejor dos, que me quiten este sabor agrio, amargo, salado, que tengo en la boca, sabor a desesperación. Ojalá que a mi niña se le haya bajado la fiebre. A ver si hay suerte y puedo llegar a los cien euros, y si mañana está igual, con esos cien pavos la llevo al especialista, que la pediatra del seguro me la está mareando y no da con lo que tiene. A ver si hay suerte, aunque esté con estas plataformas toda la noche, aunque me revienten los pies, aunque tenga que gastar todos los chicles del mundo. Un par de clientes más, de los que terminan rapidito, aunque me deje como este cabrón, a dos manzanas de las chicas. Le digo a la Rusa que se esconda un poquito, que me deje vía libre, es buena muchacha, seguro que me hace el favor. Llegar a los cien euros y marcharme a casa, con mi niña. Ya veo asomar las fogatas de los bidones. Parece que hay tráfico. Sé que volveré a sentirlo de nuevo, me asomará la arcada a la boca, notaré ese frío dentro, como de hielo en las tripas, pero otro camino no queda. Cien euros y me cambio de ropa como un rayo en el descampado, que lo único que me hacía falta es que me fueran señalando por la calle, que mi niña es chica, pero ya empieza a darse cuenta de las cosas, y a casa, y mañana al especialista, y que salga el sol por donde quiera salir, cualquier sacrificio si es por ella.

La Rusa

Me ha pedido el favor y a mí no me cuesta, todo lo contrario. Si los jefes se pasan por aquí y me echan de menos les digo que se me ha soltado el vientre. Además, la Yeni

dice que me cubre, y ella nunca falla. A ver si Lola tiene suerte y se puede ir tempranito con su niña. Me hace falta algo que me entone, uno de los cafés de la Puri, con su toquecito de aguardiente, pero hoy no la veo, igual al novio se le ha ido la mano otra vez. No escarmienta, con todo lo que aguantamos aquí y encima tener que soportar a un tío fuera. Ahí viene el grupo de las nigerianas, la mayoría ni saben dónde está Nigeria, lo único que tienen en común es el color de la piel y el engaño que las trajo hasta aquí. ¿Qué les dirían, que iban a trabajar limpiando en un hotel, como a mí? Son una piña, solo se relacionan entre ellas, perros apaleados parecen; no me extraña, también habrán pasado lo suyo, si les han hecho la mitad de lo que a mí, no se fiarán ni de su sombra. Por lo menos hasta las seis no vendrán a recogerlas. Somos ganado, pura mercancía. Escapar todas juntas, plantarnos en una comisaría y explicarles nuestra situación, denunciarlos. Pero luego a la calle otra vez, sin trabajo, con ellos esperándonos en cualquier esquina, como hicieron con la chica aquella de Rumanía. Otra más encontrada en una acequia, y el olvido, la policía está muy ocupada para encargarse de gente como nosotras. Que se hubiese buscado un trabajo decente, como le dijeron a la Yeni el día que aquel desgraciado le partió todos los dientes. Somos ganado, pura mercancía. ¿Dónde se habrá metido la Puri? Un cafelito que me quite el frío, que me quite estos pensamientos para seguir tirando. El BMW plateado. Ahí están esos matones. La Yeni ya se les ha acercado para decirles que se me ha soltado el vientre. Ahora salgo dándome tirones del minishort, ni los miro, ya me conozco esa actitud amenazante. Noto sus ojos clavados en mí, como si a estas alturas me asustara algo. Que terminen conmigo, igual me hacen un favor, me facilitan la tarea de tener que hacerlo yo. Vuelvo a la calle y me acerco al borde de la acera. Los coches van lentos, están inspeccionando el género. Uno para a mi lado y me pregunta cuánto. Le digo la tarifa, subo. Solo deseo acabar con mi vida de una vez o la quimera de volver a la de antes.

La Yeni

¿Me ha dicho que es para la tele, no? Y que no se me verá la cara, ¿verdad?, ni la voz. Eso, que la extorsionan, la distorsionan... ¡o como se diga! Es que usted no sabe lo que me juego con esto. No le digo nada si me reconocen los que mandan, ¡voy lista!

¿Cuánto me ha dicho que me van a dar por la entrevista? Aquí se cobra por adelantado, ¿sabe?

Eso, un momentito que los cuente, deformación profesional dicen que se llama, hay mucho “vivo” por ahí y la costumbre es la costumbre. Media horita nada más, para que no sospechen, y mucho es, que nosotras con diez minutos o un cuarto hemos

despachado el servicio más que de sobra. Aquí nadie se entretiene, van a lo que van y ya está.

Sí, que a lo que interesa. Ya ha visto a las chicas, hay de todo, pero ninguna está por lujos. Para vivir y poco más. Puede preguntar a quien le dé la gana, le va a decir lo mismo. En todo caso, los que viven de lujo son ellos. Sí, los de la trata, con esos hay que tener mucho cuidado, ¿sabe? A menos que te salgas un poco del tiesto, te callan la boca para siempre. Yo, de ellos, no voy a decir ni pío, que bastante tiene una con la lucha de todos los días como para meterse en camisa de once varas. No, de los de la trata, nada. Yo le hablo de nuestra vida o de cómo va la economía mundial si usted quiere, pero de esos asuntos no abro mi boca ni borracha; vamos, ni por todo el oro del mundo.

Bueno, pues como le decía, que ya ha visto a las chicas y ninguna está por lujos. Pura necesidad, que cada cual tiene para escribir una novela. Lo de las jovencitas esas que se lo montan con cualquiera por ropa de marca, si las hay, será una de entre un millón. Pregunte a cualquiera de nosotras, que le van a decir en qué *chino* compramos el “uniforme”. Sí, nos cambiamos aquí, en una caseta que hay en el descampado. Y cuando terminamos, lo mismo. No es plan de llegar a casa con esta ropa a las tantas de la madrugada, que a la que más o a la que menos, no le hace gracia las murmuraciones. Aquí, escarbe donde escarbe hay mucho malo, ¿sabe?; pero aunque no lo crea también hay bueno. Nosotras no ordenamos ni exigimos, únicamente ofrecemos algo que es del todo nuestro. ¿A quién hacemos daño si solo a nosotras pertenece? ¿A quién ofendo si es mi propio cuerpo? Eso a los clientes, ahí sí que hay tela que cortar. De toda clase y condición, mire usted. Y ya ve, nadie les toma en cuenta, no hay insultos para ellos, solo para nosotras que vendemos lo que tenemos, lo único exclusivamente nuestro.

Pues como le decía, aquí de lujo nada. Ahí tiene a Lola, también la conocen como la Chicles. La pobre no sirve para esto. La llaman así porque siempre va cargada de ellos, a fuerza de chicles se quiere sacar el sabor del oficio. A veces nos reímos porque se huele el mentol desde lejos. Olfateamos el aire y decimos: Ahí viene la Chicles. ¡Pobrecita mía, qué sudores le cuesta!, pero ya ve, tiene una niña que siempre está malita, no le nació bien la criatura, y siendo madre soltera y sin familia que le pueda solventar la papeleta, otra cosa no tenía, porque limpiando casas no le llegaba ni para comprar pañales. Ahí está, esperando a que se le ofrezca algún cliente para poder llevar a su niña al médico, aunque luego llegue con ese asco y ese frío, que hasta se le pone mal cuerpo a la pobre. No, no sirve para esto. Mucho estómago hay que tener a veces

para tragar con lo que hacemos. Aunque se lleven años, como me pasa a mí, que de vez en cuando me tropiezo con alguno que parece haber salido del mismísimo infierno. Mejor no pensar, mejor no sentir, crearte una coraza. Como si fuéramos actrices, ¿sabe? Más de una mala experiencia he tenido, pero ya le digo, es mejor no pensar, no sentir.

Mire, hay una chica a la que llamamos la Rusa, esa viene de la trata, la conocerán enseguida porque es como una Nancy a tamaño natural, alta, blanca, rubia, con un cuerpazo de modelo, ella nunca sonrío. Se coloca al borde de la acera sin aspavientos, sin querer llamar la atención, como si fuera una estatua de mármol. A ella la trajeron para buscarse la vida limpiando hoteles, igual que hicieron con las nigerianas, tenía apenas veinte años. Ya ve, hotel, pero de carretera. Y no para limpiar precisamente. Como ella se negaba tuvieron que domarla. Ni se imagina, o tal vez sí, qué le hicieron. A mí se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo. Y como después de la doma aún seguía sin servir para el alterne, la trajeron al polígono como caso perdido, para sacarle beneficio de algún modo. Vigilada la tienen, porque después de todo lo que ha pasado la criatura, debe pagarles un dineral por el viaje y el mantenimiento, que esta gente no se andan con chiquitas, y mucho me temo que a estas alturas, a ella ya le da lo mismo todo, que lo peor que hay en esta vida es quedarse sin nada por lo que luchar, quedarse sin esperanza, y cualquier día nos da el disgusto y comete una locura.

Ya ve, ¡me río yo de lo que nos han vendido con Pretty Woman! Sí, supongo que usted la habrá visto a pesar de ser tan jovencito, porque la han puesto miles de veces, aunque sea una mierda de película. Al tipo que escribió la historia me gustaría echármelo a la cara. Que se viniera aquí una noche y probara a ver dónde coño está Richard Gere, dónde los baños de espuma y los restaurantes de lujo, dónde los buenos modos. A mí me partió todos los dientes un tío que decía que era una persona respetable, ya ve, ni flores, ni collares, ni vestidos; un golpe en la boca y dos días en el hospital sin conocimiento. Y la factura del dentista la tuve que pagar yo, ¡para que me vengan con Pretty Woman!

¿Sabe?, cuando era joven como usted, a las que tenían esta profesión las llamaban mujeres de vida alegre. Ya ve, este es nuestro mundo, aquí nos tiene: alegres.